

Politicidad, acción política y marco histórico interpretativo: dimensiones políticas en las prácticas de los mensajeros en moto del *Ámbito Metropolitano de Buenos Aires (AMBA)*

María Graciela Rodríguez

María Graciela Rodríguez es Doctora en Ciencias Sociales (UBA) e Investigadora en el IDAES-UNSAM.E-
E-mail: banquo@fibertel.com.ar

resumen

Este trabajo presenta una reconstrucción analítica de las prácticas de los mensajeros en moto del *Ámbito Metropolitano de Buenos Aires (AMBA)*, a partir de la cual se discriminan tres modalidades vinculadas con la dimensión política. Una, a la que he denominado politicidad, que ocurre entre la cotidianidad y la agencia y que, a pesar de la opacidad de la categoría, intenta ubicarla en proximidad con la acción de los sujetos. Otra, la que se pone en juego en ocasión de disputas por una porción de poder público, y más concretamente de crecimiento gremial, a la que he llamado acción política. La tercera, más ligada a las representaciones y a las biografías y trayectorias individuales, que informa sobre todo las prácticas de quienes militan gremialmente, a la que agrupo bajo el sintagma marco histórico interpretativo (de la política).

Para ello, organicé los resultados de lo recogido en mi trabajo de campo, a partir de la descripción de las prácticas de los mensajeros realizadas en contextos diferentes, discriminando los elementos que intervienen y las situaciones en que se ponen en juego. Sobre el final, recupero lo presentado en un nivel teórico de abstracción, para reubicar la investigación en futuros intercambios académicos.

palabras clave

politicidad / acción política / marcos históricos de interpretación

summary

The goal of this article is to present an analytical reconstruction of the everyday practices of the moto bikers in Metropolitan Area of Buenos Aires (AMBA). In that reconstruction three practical ways linked to political dimension are spotted. The first one, which I named politicity, is held between agency and everyday life and, despite its opacity, is close to the individual actions. Another one, which is set in occasion of disputing for political power and more accurately for union achievements, is the one which I have called political action. The third one, related to representations and individual paths and biographies and which emerges particularly from those union participants, is the one I have entitled (political) interpretative historical frame.

The outcomes of my field research are organized following a description of their practices in different contexts, taking in account the elements and situations in each case. In the end I take over the presentation in a theoretical level, in order to put the research in forthcoming exchanges.

keywords

politicity / political action / historical frames of interpretation

Los mensajeros en moto tuvieron una actuación destacada en las jornadas cívico-populares de diciembre de 2001 que sacudieron profundamente a la Argentina.¹ Se sumaron a la protesta colaborando en llevar heridos a los centros de salud, y/o enfrentando a los caballos de la policía montada que habían salido a reprimir a la población. Motivada por esa actuación, mi investigación tuvo por objeto indagar sobre sus prácticas cotidianas y las representaciones que las sostienen, para comprender las razones de esas acciones, así como el sentido práctico en las que fueron enmarcadas.

En el acercamiento al campo² he podido discriminar tres modalidades de sus prácticas vinculadas con la dimensión política, cuya reconstrucción analítica pretendo dar a conocer en esta presentación.³ Una, a la que he denominado *politicidad*, que ocurre entre la cotidianidad y la agencia y que, a pesar de la opacidad de la categoría, intenta ubicarla en proximidad con la acción de los sujetos. Otra, la que se pone en juego en ocasión de disputas por una porción de poder público, y más concretamente de crecimiento gremial, a la que he llamado *acción política*. La tercera, más ligada a las representaciones y a las biografías y trayectorias individuales, que informa sobre todo las prácticas de quienes militan gremialmente, a la que agrupo bajo el sintagma *marco histórico interpretativo (de la política)*.

Tres observaciones preliminares: la primera consiste en advertir que no me movió el objetivo de reconstruir una teoría nativa de ‘política’, sino, más simplemente, el de relativizar mi propio sentido –dominocéntrico– de la categoría, tamizándola con los indicios y evidencias que recogí en mi trabajo de campo; la segunda es que las denominaciones adoptadas (*politicidad*, *acción política* y *marco histórico interpretativo*), son el producto de un diálogo con lecturas de autores que han pensado estas cuestiones con anterioridad, y a partir de las cuales fui ‘tejiendo’ una aproximación teórica que se ajustara a lo observado; la tercera, finalmente, es que esta discriminación, que se desprende de la lógica de las prácticas y de una forma de actuar y comprender el mundo contemporáneo de los mensajeros del Ámbito Metropolitano de Buenos Aires (AMBA), no supone compartimentos categoriales cerrados, sino más bien zonas mixtas en las cuales unas y otras se yuxtaponen.

En esta presentación, entonces, pretendo dar cuenta de las diferencias entre esas prácticas relacionadas con la dimensión política. No es mi intención discutir, ni aquí ni en ningún otro lugar, definiciones, taxonomías o tipologías de lo que serían prácticas políticas, sino sólo poner por escrito los resultados de un registro analítico producido sobre mis propias argumentaciones, válido, además, y por el momento, para los mensajeros del AMBA. Para ello, organicé los resultados de lo recogido en mi trabajo de campo, a partir de la descripción de esas prácticas en contextos diferentes (cotidiano laboral, rituales celebratorios, acciones de crecimiento gremial, etc.), discriminando los elementos que intervienen, las situaciones en que se ponen en juego, y otras características relacionadas con las diferentes situaciones. Sobre el final, recupero lo presentado en un nivel teórico de abstracción, para reubicar la investigación en futuros intercambios.

El trabajo del mensajero

Los mensajeros son trabajadores urbanos que se dedican a llevar y traer documentos y dinero por la ciudad montados en moto o en bicicleta.⁴ Una parte constitutiva de la práctica de *fletear*⁵, que así es denominado este trabajo desde la perspectiva nativa, es la producción de acciones relativamente autónomas realizadas dentro mismo del trajín cotidiano.

Enrique recibe un encargo y se apresta a llevar unos documentos en su moto desde el norte del Conurbano Bonaerense hacia la Capital Federal. Una vez entregados los documentos, encadena otro encargo a través de su *handy*⁶, dispositivo que le posibilita armar sus secuencias cotidianas sin necesidad de regresar al punto de partida. Pero antes se detiene en una de las plazoletas de la avenida 9 de Julio, en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, a compartir unos momentos con otros mensajeros. “Y lo bueno es que yo ando por la calle, no me controla nadie. Yo me subo a la moto, me voy, y soy yo (...) La gente me dice, ‘llevame esto urgente’ y yo le digo, ‘sí, sí’ y después voy para el centro y le hago el trámite, pero también hago lo otro, ¿entendés? Yo voy tranquilo”, dice. Por la modalidad de su trabajo, los momentos que pasan sin control ni vigilancia son mayoritarios: una vez que reciben el encargo, salen a las calles para cumplirlo. Pero entre un punto y el otro tienen una autonomía relativa, que les permite gozar de un espacio y un tiempo intersticiales. Un atributo significativo de la práctica, y que Enrique valora, es que el formato de trabajo les brinda tiempos de libertad relativa arrancados a las obligaciones.

Escapar al encierro y al disciplinamiento implica tanto eludir las colas de los semáforos como hacer un alto en el recorrido para tomar una cerveza en alguna de las paradas destinadas a ese fin. Y si bien este tipo de prácticas intersticiales se acomodan fácilmente al concepto de *tácticas* de de Certeau (1996), no necesariamente estas tácticas de antidisciplina son homologables a prácticas de resistencia. Por el contrario, del trabajo de campo con los mensajeros surge que estas tácticas son parte misma de la práctica laboral, y que funcionan de un modo tan estrecho con éstas, que resulta casi imposible discriminar una de otra. En este sentido, entonces, no deberían confundirse las tácticas con la resistencia, al menos en este caso concreto.⁷

Incorporadas a la rutina laboral, las tácticas se engarzan en, y son resultado de, las secuencias que dibujan sus recorridos urbanos y devienen de un modo peculiar de re-organizar su tiempo y espacio de trabajo. A través de esta re-organización los mensajeros tramitan su relación con el poder, encarnado, en este caso, en el disciplinamiento a un modelo. No obstante, vale la pena insistir en que estas operaciones relativas de antidisciplina implican, más que una desobediencia plena, un modo de escapar al control y a la vigilancia. Dicho en otras palabras, el mensajero se mueve dentro de un encuadre heterónimo, y jugando en las fronteras de ese encuadre, busca los límites que lo ayuden a sentirse/imaginarse autónomo.⁸ Así, en este encuadre, heterónimo por definición, los mensajeros encuentran zonas donde la vida cotidiana parecería hacerse más laxa. Son zonas invisibles a la mirada panóptica, por lo mismo, conquistables. Y, por eso, imaginadas y percibidas

como propias. En estas zonas, invisibles, conquistables y propias, actualizan la experiencia urbana y, a la vez, se consolida su identidad como mensajeros.

La búsqueda de esta autonomía relativa tiene una implicancia simbólica, además, porque estas prácticas se enmarcan en una construcción identitaria mayor: la que surge de la contrafigura del trabajador de traje y corbata. En las representaciones de los mensajeros, esta figura organiza, por contraste, su identidad, y el diacrítico remite a un trabajador que se deja disciplinar. Estos serían, en sus propias palabras, los “hechos mierda”. Una tarde, compartiendo una cerveza con Urbano y Enrique, ellos intercambiaron opiniones sobre el aspecto que tienen algunos compañeros suyos en las empresas que trabajan. En diálogo con Urbano y Enrique, ambos refirieron al aspecto de algunos de sus compañeros de trabajo. El primero afirmaba que le costaba creer que el tesorero tuviera su misma edad: “Está hecho mierda”, decía. El segundo aportaba un ejemplo similar. Mientras los escuchaba hablar, las descripciones de sus compañeros se me iban dibujando mentalmente. Los hombres que describían, de corbata, pelo corto, afeitados y relucientes, se contraponían a los rostros de Urbano y Enrique que, promediando la treintena, tienen todos los rasgos de los que se puede inferir una vida intensa. No sólo por los surcos de arrugas en la cara, sino también por la voz cascada, las manos ásperas y las dentaduras en mal estado, sumado a la vestimenta informal que los caracteriza. Los “hechos mierda” son, en estas descripciones, los que se disciplinaron a un modelo.

A la vez, es habitual entre los mensajeros escuchar comentarios del tipo “Yo no quiero crecer: quiero seguir siendo pibe”, “no quiero madurar, ¿para qué?”, “no quiero ser grande”. Pero si pareciera que la figura oculta que organiza, por contraste, esos comentarios es la del adulto, en verdad ese adulto no remite a una condición etaria sino a un tipo particular de sujeto que es el que usa traje y corbata. De hecho, aquellos de quienes se diferencian en los comentarios anteriores, pueden tener la misma edad. Y es que los mensajeros confrontan con el trabajador dependiente de la rutina, de la oficina, de una vestimenta monocromática que no puede elegir. Por extensión, el fleteo se opone al encierro y al disciplinamiento. Siendo en verdad una contrafigura, el modelo del traje y corbata les organiza su vida adulta a partir de un formato laboral congruente con ciertas disposiciones valorativas respecto del poder. La inserción en el sistema productivo se “resuelve” en un formato laboral, el fleteo, que han ido construyendo en la rutina diaria.

A la vez, la contrafigura también presenta otra faceta, relacionada con la autenticidad, valor que estaría ausente en los “hechos mierda”, invariablemente “de traje y corbata”, y que implica una condena a la hipocresía, a la ausencia de autenticidad. Si la operación equiparadora implica ‘desnudar’ al otro para despojarlo de los atributos de su rol, es lógico que entonces la contrafigura esté ‘vestida’; y más aún, que esté vestida con “ese perfecto símbolo de todo lo duro y contraído: la corbata” (O’Donnell, 1984: 13). Se condena a quien simula lo que no es, a quien no es auténtico ni coherente, a quien hace un uso ilegítimo del poder emanado de la autoridad de un rol. Es el caso de Aldo, condenado por sus pares por inauténtico.

Aldo apareció en el medio de un asado. Estaba vestido completamente de negro, con anteojos oscuros y guantes sin dedos de cuero, llevaba al cuello un celular, dos handies y una petaca con cigarrillos. Urbano lo calificó como “un payaso”. Las señales que emite Aldo lo colocan en un lugar inauténtico. Y es condenado por ello. Según Urbano, Aldo “no tiene idea del fleteo”. Se compró la moto cuando fue puesto al frente de una agrupación sindical de base y salió a hacer viajes “para mostrar que conoce del tema”. La moto de Aldo por supuesto, contrasta por su aspecto impecable con la de aquellos que trabajan todo el día. Aparenta lo que no es, asume un rol ilegítimo, se coloca en una posición que no le corresponde. Lo que se señala es que los atributos externos, visibles no son garantía del ejercicio de un rol. Y viceversa: cuando una persona ocupa el lugar que ocupa de manera legítima, es decir, por sus propios medios y sin aparentar, esa persona obtiene un voto de confianza y también de admiración.

A estas condiciones que orientan las disposiciones subjetivas hacia determinadas posiciones respecto *del poder, la autoridad y la jerarquía* (Isla, 2006) desplegadas en la vida cotidiana de los sujetos, propongo denominarlas con el término englobador de *politicidad*.

La cuestión es que esta politicidad se relativiza cuando cambia la situación y comienzan las disputas gremiales entre los “auténticos fleteros” y los “de traje y corbata”, encarnados, en este caso, en Aldo. Una de las últimas entrevistas realizadas fue a Mario, uno de los (escasos) mensajeros que milita gremialmente. En ese momento pretendía indagar sobre las modalidades de acción orientadas a la obtención de recursos. Para el momento de la entrevista con Mario, ya había reparado en el uso de la contrafigura de traje y corbata para discriminarse de quienes, según su propia perspectiva, están disciplinados al modelo. En el diálogo acerca de los procesos de agremiación, de las disputas por la representación sindical, de las diferentes estrategias de crecimiento, de sus propias prácticas de militancia, para referirse a aquellos que habían formado una agrupación gremial de base sin ser mensajeros, los llamó “unos tipos de traje y corbata”. Lo interesante del caso es que uno de ellos es Aldo, el que apareció en el asado vestido de negro, ‘disfrazado’ de mensajero.

En verdad Mario se halla en una posición intermedia entre la politicidad emanada de su condición de fletero, y las contradicciones de sus acciones políticas. Milita gremialmente, pretende disputar poder pero para eso necesita negociar algunas posiciones.

Disputas gremiales

Las situaciones de interacción, con otros y entre ellos, que se dan por fuera de su práctica laboral concreta, presentan características distintas a la politicidad observada en su laboral cotidiano. Para mi investigación participé en uno de sus rituales de celebración (el del Día del Motoquero), y también reparé en sus prácticas gremiales registrando, particularmente, los modos en que cada una de las agrupaciones de base piensan y organizan sus estrategias de crecimiento y acumulación de capital político. El relato de lo que sigue presenta un entretendido de los

dos ámbitos, focalizando sobre el tipo de disputas gremiales. Esto me permitirá tanto discriminar la calidad de las acciones políticas, como del marco histórico interpretativo.

En diciembre de 2006 me sumé al ritual de recordación conocido como la caravana a Ramallo. Ese año la caravana fue motorizada por una de las agrupaciones gremiales: la que llamo Celeste y Blanca, aunque la agrupación más antigua es la que denomino Roja y Negra. Se desconocen datos de los comienzos de esta agrupación, aunque algunas crónicas refieren que “(L)os primeros en intentar algún tipo de organización fueron el Pelado y el Chino, en el ‘99”.¹⁰ Como paraban en la plazoleta de 9 de Julio y Perón, una de las esquinas más céntricas de Buenos Aires, cercana al Obelisco, a este grupo se lo conoce como ‘Los muchachos de Perón’. Todo parece indicar que fueron ellos quienes empezaron a convocar a marchas por mejoras laborales y libre acceso en las autopistas. Otros medios ubican los comienzos en octubre de 2000 cuando 500 ‘motoqueros’ se manifestaron frente al Obelisco¹¹, mientras que sus propios relatos afirman que la Roja y Negra nació a partir de unas movilizaciones de 1999 en Avellaneda, en el Conurbano Bonae-rensense, donde se pedía por la mejora y la protección en el tránsito, un suceso que culminó con la intervención policial y por eso recibió cobertura mediática.

Según el encargado de prensa, la Roja y Negra tiene 850 afiliados en la Ciudad de Buenos Aires y 2000 en todo el país. A los pocos años de conformarse la Roja y Negra, surgió otra agrupación que funcionaba en un taller para motos, pero tuvo corta vida.

En 2003 un pequeño grupo inicial crea la agrupación Celeste y Blanca, que afirma contar actualmente con 450 afiliados. Su rama sindical busca desde entonces la obtención de la personería gremial para alzarse con la representación ‘oficial’ de los mensajeros en moto. Esta agrupación tuvo su bautismo público en ocasión de un escrache realizado al ex-dictador Jorge Videla junto con la agrupación HIJOS¹², el 18 de marzo de 2006, fecha cercana al 30º aniversario del inicio de la última dictadura militar.

Las dos agrupaciones presentan diferentes filiaciones político-partidarias: mientras la Roja y Negra se alinea con partidos de izquierda, la Celeste y Blanca forma parte de un movimiento de base peronista. En cuanto a las articulaciones verticales, estas diferencias son congruentes con las dos grandes líneas sindicales de la Argentina. La Roja y Negra está asociada a la CTA (Central de los Trabajadores Argentinos), tiene conexiones sólidas con HIJOS, y forma parte del MIC (Movimiento Intersindical Clasista). La Celeste y Blanca responde a la CGT (Confederación General de Trabajadores) y, desde esta posición, buscan desde 2005 pelear la conducción gremial, al frente de la cual la CGT puso a uno de sus hombres. También tienen relación con HIJOS, aunque de manera menos orgánica.

En 2001 sólo existía la agrupación Roja y Negra. Las banderas gremiales que se vieron el 20 de diciembre en la ronda de mensajeros al Obelisco, pertenecían a esta última agrupación. Uno de los que promovió su creación fue, entre otros, Urbano (militante de HIJOS y quien luego, en la caravana del Día del Motoquero de 2006, estaría militando en la Celeste y Blanca). En noviembre del año 2005 la

Roja y Negra, alineada con la izquierda partidaria en el plano político, inaugura un nuevo local con el apoyo económico de una asociación de trabajadores extranjera, la CNT (Central Nacional de Trabajadores) de España, de la CTA (Central de los Trabajadores Argentinos), y de algunas Ongs europeas. En ese local funciona hasta la actualidad. Fue a raíz de una serie de desavenencias internas, ligadas tanto a perspectivas estratégicas para la consecución de la personería gremial, como a diversas maneras de entender y administrar el manejo de los fondos, que poco tiempo después Urbano y un pequeño grupo de mensajeros se separan de la Roja y Negra y conforman la Celeste y Blanca.

Las estrategias de crecimiento político-gremial varían: mientras que la Roja y Negra se caracteriza por realizar movilizaciones y reclamos públicos, por su horizontalidad en la toma de decisiones, y por un principio de independencia respecto de la central sindical oficial, la Celeste y Blanca aboga por producir acuerdos con instituciones sindicales de segundo y tercer grado (sindicatos y confederaciones de trabajadores) para la acumulación de capital político que, a su vez, les posibilite convertirse en interlocutores válidos dentro del espectro gremial. Estas diferencias dan cuenta de la existencia de distintos *marcos históricos interpretativos*, entendidos como el conjunto organizado de representaciones vinculadas tanto con las biografías de militancia como con las sedimentaciones históricas que las maneras de hacer política asociadas a líneas partidarias se han ido tramando en esas representaciones.

En otro plano, mientras que la Roja y Negra privilegia la subsunción de cada trabajador dentro del sindicato que los agrupa, la Celeste y Blanca ha optado por estrategias de representación gremial por empresa. Esto, por un lado, los obliga a negociar la presencia de personajes ‘ajenos’ a la práctica, nombrados ‘desde arriba’ por un jerarca sindical; y por el otro, a subsumir su perfil laboral en algún otro que los ampare.¹³ Así, como resultado de la política gremial de la Celeste y Blanca, Urbano y Mario son actualmente representantes gremiales, elegidos a través de mecanismos genuinos de las empresas donde trabajan, que no son mensajerías. Ambos militan en el gremio de base que organizó la caravana a Ramallo en 2006, momento en el cual participaban codo a codo en la agrupación Celeste y Blanca, con la política interna de lograr representación gremial por empresa. Asimismo, e incluso en el contexto de la acción gremial acotada a la propia agrupación y a la militancia, las relaciones distan de ser serenas: a pesar de que ambos son representantes gremiales, elegidos democráticamente, de empresas similares, actualmente Mario y Urbano están distanciados por cuestiones relativas a diferentes actuaciones gremiales. Lo relevante del caso es que estas diferencias se enmarcan, además, en diversas líneas internas dentro mismo del espectro del peronismo, líneas que van desde la ortodoxia a una izquierda autodenominada “revolucionaria”. De hecho, cada uno por separado, explicó su propia versión detallada del distanciamiento: uno habló de traiciones; el otro de inacción.

La caravana a Ramallo se realiza todos los años en diciembre, con el objeto de recordar a Gastón Riva, un mensajero que salió a las calles durante las jornadas cívico-populares, y que fue asesinado el 20 de diciembre de 2001 por los aparatos

represivos del Estado. En 2006, la caravana implicaba, además del repetido homenaje, una disputa por la hegemonía gremial. Urbano, uno de sus organizadores, en este caso de la quinta caravana, lideró los 205 kilómetros que separan el Obelisco de la ciudad de donde era oriundo Riva. El otro organizador, Mario, fue por su cuenta y llegó después que el resto. Una vez que llegamos a Ramallo, la caravana se dirigió directamente al cementerio. En el nicho de Gastón Riva ya había, además de floreros con flores, varias placas: una de su esposa e hijos; otra con el escudo de Boca Juniors; dos más (de años anteriores) de la agrupación Roja y Negra, contraria a la que representaban Urbano, Mario y el resto de los integrantes de la caravana.

Al acto en el cementerio asistieron, además de la comitiva en pleno, amigos, vecinos y familiares del mensajero asesinado en diciembre de 2001. Pocos kilómetros antes de doblar la curva de entrada a la ciudad, apareció Mario, quien no había participado de la caravana sino hasta ese momento. Mario llegó con un compañero, subido cada uno a su moto, justo para la hora de comienzo del acto. Fue él quien inició la ceremonia tocando el nicho de Gastón Riva y persiguiéndose. Inmediatamente después convocó verbalmente la figura de Gastón Riva confesando que nunca lo llegó a conocer. A continuación, le dio la palabra a Aldo, en su calidad de secretario general de la Celeste y Blanca, la agrupación gremial recientemente creada.

Aldo comienza su oratoria después de la de Mario. Apenas empieza a hablar, dice que efectivamente él “tampoco conocía a Gastón Rivas”. “Riva”, se escucha fuerte la voz de Urbano, corrigiendo al impostor. Aldo se disculpa, mira a los familiares y continúa. Dos veces más a lo largo de su discurso, el secretario general de la Celeste y Blanca cometió el mismo error al nombrar el apellido del mensajero asesinado: Rivas en lugar de Riva. Pero Urbano ya no lo corrigió. Sin embargo, fue una suerte estar enfrente de él. Porque la breve e ínfima mueca que hizo con la cara fue mucho más elocuente que cualquier palabra, al menos para quienes estábamos atentos a sus gestos.

Mario y Urbano deciden no insistir: están demasiado comprometidos con las acciones de crecimiento gremial, saben que no tienen más opción que soportar la presencia de alguien que han calificado de “un tipo de traje y corbata”. En este sentido, los valores y representaciones que fundan su politicidad se ponen en suspenso para poder mantener una estrategia que es, a todas luces, política. A este tipo de acciones, tendientes a la acumulación de capital gremial y/o político, y encuadradas dentro de las dinámicas propias de las instituciones políticas, las he denominado *acción política*.

Si bien entre los mensajeros que militan en estas agrupaciones se distinguen discursos encontrados respecto tanto de cuestiones ideológicas como de funcionamiento interno y de política de crecimiento, quienes carecen de militancia presentan una ‘amable’ distancia con ambas. Y es que en la batalla particular que tiene por objeto de disputa la hegemonía gremial, la politicidad cotidiana no aparece implicada en las prácticas gremiales concretas. Más allá del mantenimiento de los rasgos, valores y atributos del fleteo, la disputa se juega en los marcos prácticos de

la lógica de las dinámicas gremiales, y dentro de las reglas de este particular juego institucional. En este encuadre, los elementos cotidianos quedan en suspenso, toda vez que los bienes en disputa participan de reglas de juego heterónomas, tales como la cantidad de afiliados; la adscripción sindical a asociaciones reconocidas o no por el Ministerio de Trabajo (CGT o CTA); la filiación de la agrupación de base por pertenencia laboral o por empresa, entre otras.

El proceso de abstracción

Mis interrogantes iniciales fueron siendo matizados por la observación de elementos simbólicos sostenidos por los propios sujetos. En ese sentido, una de las primeras cuestiones que atravesó mis reflexiones fue la necesidad de no anteponer calificativos a las prácticas que iba reconstruyendo, intentar no rotularlas ni de políticas, ni de no-políticas. Especialmente porque, en tanto partícipe de esta sociedad, mi propia visión de la imagen de los mensajeros durante las jornadas de diciembre de 2001 había quedado asociada a la calificación épica producida por las narrativas massmediáticas, y entonces debía ser conciente de que mi análisis de algún modo también participa en la red de atribución de sentidos sociales (Mauger, 2007).

No obstante, y a pesar de ello, el análisis concreto de las prácticas que los mensajeros despliegan o desplegaron en distintos contextos, me exigía producir una discriminación terminológica. Y en este punto sentí la necesidad de recurrir a otras voces, la de aquellos que habían escrito antes que yo, en primer lugar para dar cuenta, en un nivel de abstracción mayor, de los atributos encontrados en las prácticas a partir de algún conector que los pusiera en común. El trabajo de Isla (2006) me dio las primeras pistas, especialmente cuando sostiene que la ‘cultura política’ incluye tanto a “las prácticas y los discursos verbales como a campos de simbolización e identificación relacionados a *expresiones de poder, a formas de autoridad y jerarquía*, concientes o no concientes en los actores” (Isla, 2006: 113. Resaltado del autor). Allí, en la práctica cotidiana de los mensajeros, encontré modos prácticos de entender y expresar una posición frente al poder, la autoridad y la jerarquía.¹⁴

La práctica de fletear se efectiviza en la calle, en el marco de una *cultura ordinaria* (de Certeau, 1999), y se expresa a partir de situaciones encuadradas por coordenadas de espacio y tiempo donde su identidad se ve comprometida. O, mejor aún, son los particulares usos del espacio y el tiempo los que atraviesan su identidad como mensajeros en situaciones donde cotidianamente experimentan el poder, la autoridad y la jerarquía. Esta concepción me permitió pensar la articulación entre la dimensión del trabajo y de la contienda cívica, y, como afirma Isla (2006), me ayudó a reconstruir esa relación desde el propio punto de vista de los actores, en este caso, de los mensajeros. El trabajo de Isla entonces fue crucial para darle forma y marco a mis observaciones, porque me permitió esquivar mi propia mirada y recolocar sus prácticas en términos de unos modos de experimentar, ensayar, evaluar, modificar o reproducir las relaciones de los mensajeros con el poder que no están despegados de la práctica laboral, por lo cual son puestas en acto en el propio ámbito de la calle, donde trabajan todos los días, y en el tiempo recortado de la jornada laboral.

Sin embargo, y si bien Isla me había proporcionado un marco de reflexión que me permitía agrupar lo observado bajo un encuadre en común, su referencia a ‘cultura política’ me incomodaba. En primer lugar, por las dificultades teóricas que ambos elementos del sintagma presentan: tanto “cultura” como “política” son términos que actualmente están siendo objeto de debate teórico dentro de las Ciencias Sociales.¹⁵ Pero en segundo lugar, y básicamente porque el sintagma (y obviamente el despliegue argumentativo que hace Isla) me sugería una línea que relacionaba la práctica ‘política’ en sí con un conjunto de prácticas y representaciones vinculadas con modos históricos de hacer política. Por el contrario: el caso investigado me enfrentaba con la necesidad de discriminar la politicidad desplegada en la rutina laboral, de los marcos que provee la historia específicamente local.

Entonces, si bien la primera conceptualización que Isla hace de ella me resultaba congruente con lo que encontraba en mi trabajo de campo, necesitaba ensayar una definición que me permitiera señalar una distinción respecto de lo que este autor denomina ‘cultura política’. De modos más generales, mi investigación requería tomar distancia de una zona de la teoría destinada, implícitamente, a pensar los entramados de las disposiciones hacia el poder con una cierta biografía ligada o bien a un pasado de militancia, o bien a unas representaciones asociadas a ella. Y aún encontraba otra distancia, y es que la perspectiva histórica, que daba como resultado un encuadre interpretativo, sedimentaba aún en aquellos que no tenían una trayectoria vital relacionada con la militancia. Si el peor de los insultos de los integrantes de la Roja y Negra hacia los de la Celeste y Blanca era el de “burócratas”, la respuesta en sentido inverso era la de “troskos”.¹⁶ En otras palabras, la necesidad de afinar la lectura de Isla no provenía de un afán meramente crítico, sino del hecho de que lo observado en el marco de la vida cotidiana de los mensajeros no conducía a señalar ‘migraciones’ de experiencias de beligerancia entre contextos¹⁷, como tampoco hacia la activación de marcos racionales para la acción.¹⁸ Los datos orientaban mis reflexiones hacia los modos cotidianos en que se organiza una práctica, y a los modos en que esa práctica está informada de una historia política local sedimentada en representaciones extendidas.

Por lo pronto, entonces, decidí denominar a la articulación de los elementos del fleteo, reconstruidos en el trabajo de campo, como politicidad. En principio, adopté la noción de politicidad sugerida por Merklen (2005), quien afirma que la política es una parte constitutiva de la vida cotidiana de los sujetos, no importa qué posición ocupen en la estructura social.¹⁹ Este ámbito en el que se constituye la politicidad, es análogo a lo que Auyero denomina la *microfísica de la política* (2001: 40). Lamentablemente ni Auyero ni Merklen desarrollan en extenso la especificidad de esta condición que, entendida como una dimensión constitutiva de la vida cotidiana, se pierde, se difumina en ella misma. Paralelamente, la pregunta sobre la politicidad fue cobrando sentido no sólo en la medida en que me internaba en el proceso de investigación, sino también en la medida en que orientaba mis preocupaciones en diálogo paralelo con un espectro de trabajos que estudian localmente la politicidad (Merklen, 2005), las formas de la politicidad (Ferraudi Curto, 2007), la microfísica de la política (Auyero, 2001), las ya mencionadas

disposiciones hacia el poder, la autoridad y la jerarquía (Isla, 2006), las experiencias y prácticas políticas (Semán, 2006) de los sectores populares.²⁰ Sin embargo, ninguno de ellos focalizaba sobre trabajadores urbanos en situaciones concretas de la vida cotidiana, o bien laborales, o bien de crecimiento gremial.

En la otra punta del arco, Balbi y Rosato (2003) señalan que, aún cuando la política no puede entenderse separadamente de otros dominios de la vida como el económico, el religioso o el cultural, ello no implica sostener que no existe una especificidad de lo político. Sólo que esa especificidad tiene que ser demostrada a partir de un análisis que no reduzca la política “a una concepción topográfica de la vida social (...) como se observa a un mapa donde, en abierta oposición con la realidad allí representada, el mundo parece hecho de espacios predefinidos y fijos” (Balbi y Rosato, 2003: 16). En este sentido, intenté abordar a la politicidad desplegada por los mensajeros durante las jornadas de diciembre de 2001, bajo esta doble advertencia: la de Merklen y de Auyero respecto de la co-participación de la dimensión política en la vida cotidiana, y la de Balbi y Rosato en relación con la necesidad de entender la especificidad de lo político en el entrecruce con otros dominios de la vida social.

Sin ignorar, ni desoír, los análisis que preceden a este trabajo, con *politicidad* entonces propongo agrupar a las condiciones que, alojadas en la vida cotidiana de los sujetos, orientan sus disposiciones subjetivas hacia determinadas posiciones respecto del poder, la autoridad y la jerarquía. En el marco cotidiano de estas orientaciones, que dependen de las inscripciones específicas de las prácticas, habitan sujetos concretos antes que universales. En esta dimensión experiencial cotidiana, se va tramando la agencia, entendida como la “serie de circunstancias en las que [el sujeto] se encuentra, reflexiona sobre ellas y, finalmente, reacciona contra ellas” (Ortner, 2005: 46). Y la politicidad implicada allí se va inscribiendo profundamente, aunque con poco resplandor, en su laboral cotidiano, en la rutina monótona, casi ‘invisible’, de su día a día. Desde este punto de vista, la politicidad incluye, abarca y organiza a las maneras en que los sistemas públicos de símbolos, textos y prácticas “representan un mundo y, a la vez, dan forma a los sujetos de una manera ajustada a la representación de ese mundo” (Ortner, 2005: 34), y de modos de hacer que son también fundamento de la posibilidad de agenciamiento.

Por otro lado, y si bien las prácticas laborales de los mensajeros están organizadas alrededor de modos en que experimentan, y recrean discursivamente, el poder, la autoridad y la jerarquía, en ocasiones de disputar el acceso a los recursos, los mensajeros están implicados en una acción política cuyos gestos se destinan concretamente a pelear por la utilización del poder en forma diferencial, y por la consecuente redistribución de los recursos del Estado. En todo caso, lo que sesgará y moldeará la manera concreta de las acciones políticas destinadas a la adquisición de mejoras en su vida será el marco histórico interpretativo (de la política) de los implicados: convocar a marchas en las calles para protestar por las condiciones laborales de un compañero, o pelear internamente en las estructuras sindicales por una porción del poder institucional. Por *marco histórico interpretativo* (de la política) entonces decidí referirme en esta investigación a los “sedimentos históricos

de la política en la cultura” (Semán, 2006: 162), una dimensión simbólica ligada con experiencias anteriores y/o discursos que enlazan las tramas biográficas con las prácticas de disputa por los recursos en un presente coyuntural.

La reconstrucción de las prácticas relacionadas con las acciones públicas de los mensajeros muestra que las versiones experimentadas y representadas de las formas de hacer política, inciden en los modos en que los sujetos conforman sus acciones políticas efectivas: pertenecer a la Celeste y Blanca o a la Roja y Negra se traduce en distintas maneras de entender a las estrategias de acumulación de poder y de capital político, y por ende distintas maneras de actuar en consecuencia.

Lo cierto es que más allá (o más acá) de estas diferencias, los elementos presentes en la politicidad del fleteo cotidiano las ignoran. Esto permite sugerir que cuando el contexto implica una disputa por los recursos, como es el caso de las dinámicas de agremiación, las prácticas adoptarán la forma de *acción política*, si entendemos, con Swartz, Turnen y Tuden (1966) que ésta se define por ser: a) un proceso público antes que privado; b) proceso que involucra metas y objetivos concretos y c) que compromete la utilización del poder en forma diferencial. Independientemente de los elementos de la politicidad comprometidos en el ejercicio de las prácticas cotidianas, la acción política se subsume a un tipo de agencia que se despliega en la disputa por los recursos, y que se disuelve en los avatares de la misma dinámica gremial. Desde esta perspectiva, que enmarca a la agencia en relación con las dimensiones de participación y de acceso (Grossberg, 2003), no parece haber un vínculo íntimo entre la politicidad y las acciones destinadas a la obtención de recursos.²¹ Donde sí están presentes los elementos de la politicidad es en la práctica laboral cotidiana, independientemente de la filiación ideológico-partidaria de los practicantes, de su marco histórico interpretativo, e incluso de sus biografías de militancia.

Por lo tanto, considero que, en el caso específico de los mensajeros, sus acciones políticas están efectivamente atravesadas por el marco histórico interpretativo de los sujetos, pero no así su politicidad, que se despliega en la rutina laboral y va inscribiendo allí, en el opaco resplandor de la cotidianeidad, formas particulares de experimentar el poder, la autoridad y la jerarquía.

Recapitulación (después de un ejercicio reflexivo)

A modo de síntesis, entonces, recupero y paso en limpio lo argumentado hasta aquí. Me había detenido en el trabajo de Isla (2006), y en su delimitación de ‘cultura política’, reparando especialmente, en los tres elementos sobre los cuales hace girar su caracterización. Y a pesar de que el autor no apunta a realizar una definición a priori de esa categoría, su etnografía permite inferir que con ‘cultura política’ se está refiriendo a las representaciones, ideaciones, experiencias y valoraciones que conforman históricamente las disposiciones hacia el poder, la autoridad y la jerarquía de un sujeto, haciendo hincapié en el peso de la historia. De esta definición, me incomodaba la relación (implícita) con las biografías de militancia y las representaciones subjetivas sobre modalidades de acción política concretas.

Este y otros trabajos me dieron pistas nutritivas para discriminar las diversas dimensiones que observaba en las prácticas de los mensajeros y que a todas luces presentaban rasgos distintivos. Concretamente, si estoy afirmando que la politicidad de los mensajeros se materializa en prácticas concretas que organizan la vida cotidiana, es igualmente cierto que esas prácticas concretas no siempre adoptan la forma de acción política en los términos de Swartz *et al.* (1966), sino sólo en ocasión de la disputa pública por el acceso a la distribución de los recursos. Además, ninguna de estas formas posee a priori un ‘valor’ más importante que la otra, porque todas ellas se vinculan con formas de agencia únicamente recortables en su especificidad contextual. En diciembre de 2001, al margen de que en ese momento sólo existía una de las dos agrupaciones gremiales de base, lo que marcó la salida a las calles de los mensajeros fue la impronta de una politicidad inscrita en su trajinar diario, y no en sus (respectivos) marcos históricos interpretativos. En esa ocasión, fue el sentido práctico el que guió su accionar extraordinario y no su biografía de militancia y/o participación en instituciones consideradas tradicionalmente como políticas.²² Es que, como afirma Semán, “la politicidad se constituye singular e históricamente, más allá de las idealizaciones a las que esa historia da lugar” (2006: 163).

Por el contrario, en ocasión de una acción política, los marcos históricos interpretativos sostienen y dan forma a los gestos de disputa por el poder, y la efectividad relativa de los gestos de disputa por el acceso a los recursos no dependerá sólo de la politicidad de los sujetos, sino también del contexto específico, concreto y acotado de la micro-sociedad en la que esos gestos se insertan. De hecho, y a pesar de que los elementos reconstruidos en la práctica cotidiana del fleteo implican un posicionamiento específico respecto del poder, la autoridad y la jerarquía, la acción política requiere, según la ocasión, poner en juego también gestos de consentimiento, como por ejemplo, aceptar estratégicamente que un sujeto considerado representante del modelo ‘traje y corbata’, impuesto ‘desde arriba’ por la cúpula sindical, se erija en dirigente y aliarse coyunturalmente con él para obtener una cuota de poder.

Cabe advertir que las tres dimensiones reconstruidas se imbrican fuertemente con la dimensión cultural; de hecho, son formas con cierto aire de familia pero que difieren según el contexto. Las tres dimensiones no sólo comparten elementos culturales, sino que, además, presentan zonas de solapamiento o yuxtaposición: Mario y Urbano comparten su filiación peronista, pero terminan distanciados por provenir de distintas facciones; ambas agrupaciones gremiales tiene vínculos con HIJOS, aunque la organicidad difiere; Mario etiqueta a Aldo como “un tipo de traje y corbata”; etc. De allí que, dialogando con Isla, considero prudente sostener que politicidad, acción política y marco histórico interpretativo, son elementos que, en su conjunto y en su articulación, pueden denominarse *cultura política* en un sentido pleno.

Esto no quita que, en términos de los cambios en las subjetividades, podrá ser la politicidad y no necesariamente la acción política la que defina un modo cotidiano de agencia en el cual, en el sentido geertziano en que la define Ortner (2005), la

cultura expresa, construye y mantiene esa subjetividad. Las tres dimensiones políticas de las que he intentado dar cuenta aquí, son diversos modos de experimentar la vida, tanto en contextos cotidianos como extraordinarios, e implican todas ellas imbricaciones complejas entre las tramas culturales, las laborales y las políticas. En este sentido, la cultura expresa, construye y mantiene los modos en que los sujetos se posicionan frente al mundo que les ha tocado vivir. Y contribuye, desde la perspectiva de los cambios en las subjetividades, a la construcción y expresión de la agencia de estos sujetos. 

Referencias

1. Me refero a la revuelta cívica del 19 y 20 de diciembre de 2001, punto máximo de la radicalización en Argentina de una crisis que fue tanto económica como político-institucional. La revuelta puntualmente originó la renuncia del entonces presidente De la Rúa, y la sucesión de cuatro presidentes en el transcurso de los diez días posteriores.
2. El trabajo de campo lo realicé entre 2004 y 2007 acotando la unidad de análisis a los mensajeros del Ámbito Metropolitano de Buenos Aires (AMBA).
3. No puedo dejar de agradecer las lecturas atentas, generosas e inteligentes que Gabriel Noel, Verónica Moreira, Pablo Semán y Silvina Merenson hicieron de versiones preliminares de este trabajo.
4. De hecho, hablar de ‘mensajeros en moto’ no hace completa justicia a quienes realizan esta actividad laboral. Muchos de ellos hacen mensajería en bicicleta, lo cual se ha ido incrementando en los últimos años, especialmente en aquellas zonas urbanas donde los itinerarios son cortos. En esta presentación, hablaré genéricamente de ‘mensajeros’, o eventualmente de ‘mensajeros en moto’.
5. En esta presentación usaré la cursiva para señalar tanto los términos nativos como los conceptos teóricos. Estos últimos, además, van acompañados del apellido del autor y el año de edición. Advertiré que, en ambos casos, sólo utilizaré la cursiva la primera vez.
6. El handy es un aparato inalámbrico con el cual dos personas pueden comunicarse a la distancia.
7. Para ampliar sobre esta cuestión ver Rodríguez (2008).
8. Existe un vínculo estrecho (que no puedo ampliar aquí) entre el deseo de autonomía y el cuentapropismo. Pero es un vínculo que se juega más en el plano de lo imaginario que de lo real, porque la mayoría aspira a integrarse laboralmente a una empresa que los cobije como empleados en blanco, con vacaciones pagas, aguinaldo, obra social y ART, es decir, con relaciones de dependencia laboral y no de autonomía. De hecho los pocos que han logrado esa posición ocupan el lugar superior en la pirámide simbólica: son los privilegiados. Curiosamente, son quienes poseen más grado de compromiso con la militancia gremial.
9. “Pibe” es un término que, en el sociolecto del Río de la Plata, remite a un niño, en cierto sentido travieso y pícaro.
10. L. VALES, “El sindicato de los motoqueros, Los combativos”, *Página 12*, 03/11/2002, disponible en www.pagina12web.com.ar.
11. L. KLENER HERNÁNDEZ, “Motoqueros del Apocalipsis”, en *Punto Final*, s/f, disponible en www.puntofinal.cl/516/argentina.htm
12. El escrache es una metodología que pone en evidencia la existencia de un sujeto o grupo cuyas conductas hayan producido una severa afrenta moral o material sobre la sociedad, que hasta entonces se halla en el anonimato. Esta metodología de protesta puede atribuirse, en sus orígenes a la agrupación HIJOS (Hijas e Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio), una organización política de derechos humanos que inició su trabajo en 1995.
13. A fines de 2008, un fallo de la Corte Suprema de Justicia habilitó a los trabajadores a adquirir representación gremial por empresa, lo cual plantea un desafío interesante. Y es que mientras la Celeste y Blanca, alineada con la CGT, para crecer se dio una política gremial que implica la representación por empresa (los mensajeros son elegidos delegados gremiales de la empresa donde trabajan, y desde ahí disputan porciones de poder con los sindicalistas “gordos”, para que influyan en la firma de la personería gremial), la Roja y Negra, por el contrario, alineada con la CTA, trabaja por la consecución

de la figura legal del mensajero, para buscar representación por profesión, y no por empresa, y desde ahí intentar obtener la personería. Ninguna de las dos agrupaciones tiene aún personería gremial. La contradicción es obvia, y se relaciona con que la representación por empresa es reivindicada por la CTA, aunque en la práctica es traccionada por mensajeros alineados con la CGT.

14. Con esto no estoy afirmando que esos tres elementos, el poder, la autoridad y la jerarquía, son los únicos que intervienen en la construcción de su subjetividad. Más bien intento recortar e iluminar tres dimensiones donde se fraguan unas modalidades particulares de negociación y confrontación identitaria. De hecho gran parte de su identidad como mensajeros gira alrededor de la atracción (real o supuesta, no tiene importancia) que aseguran posee la moto en la conquista amorosa. Otro eje significativo en la modulación de sus identidades está dado por el consumo de sustancias alteradoras de la conciencia. Aunque importantes, ni su presencia ni su ausencia modificó la secuencia analítica que despliego aquí.

15. Algunos desarrollos en ese sentido pueden revisarse en Ortner (2005), Abu-Lughod (2005), y también Grimson (2002).

16. Apócope de trotskistas utilizado informalmente como forma de degradación.

17. Como, por ejemplo, el análisis que realiza Auyero (2002).

18. Como lo sugeriría un análisis sostenido en los presupuestos del paradigma de la intervención estratégica. Para ampliar ver McAdam, McCarthy y Zald (1999).

19. Según Merklen, la condición política de las personas, “engloba al conjunto de prácticas, su socialización y su cultura política (...) es constitutiva de la identidad de los individuos y, por esta razón, evitaremos las fórmulas, más frecuentemente empleadas, de ‘relación con lo político’ o de ‘identidad política’. En éstas, lo político aparece como una dimensión autónoma de la vida social con la que los individuos entrarían en relación” (2005: 24). Unos años antes Auyero (2001) ya había planteado la necesidad de adoptar una perspectiva similar a la propuesta por Merklen. Auyero afirma que, desde el punto de vista de los actores populares, la política es una práctica cotidiana. Seguidamente postula que le interesa describir cómo “la política se entremezcla en la vida cotidiana de la gente” (Auyero, 2001: 40).

20. Resalto el hecho de la clave local en la cual reparé sobre el uso de distintas variedades de categorías asociadas a politicidad, porque en verdad el mismo término requeriría la reposición histórica de una biblioteca académica que ha producido diversas interpretaciones y afirmaciones sobre el tema. Rastrear la historia teórica y consignar la problematización de la categoría de politicidad implicaría sumergirme en una búsqueda que, a los efectos del argumento que presento aquí, considero excesiva. Si me importa señalar la dificultad que presenta el uso de este término que, en su simpleza, pretende conjugar una dimensión no siempre observada en la vida cotidiana de los sujetos; y que, simultáneamente, parece resbalar de los anaqueles de las Ciencias Sociales sin nunca adquirir estatuto pleno. Posiblemente, una discusión sobre esta cuestión ameritaría una monografía autónoma.

21. Permítaseme advertir y sugerir que la co-presencia de dos modos distintos de comprender la capacidad de agencia, una objetivista (la de Grossberg) y otra subjetivista (en Ortner) implica, antes que un error analítico, una mirada sobre la *ambivalencia* del mismo objeto (Grignon y Passeron, 1991).

22. Notablemente, esta práctica fue capturada por los medios en el contexto de un acontecimiento que, de alguna manera, exigía dejar en suspenso toda filiación partidaria y toda adscripción ideológica. La acción cívica en estado ‘puro’, sin contaminaciones, compatibilizó con las prácticas de los mensajeros y por ello fue un valor resaltado por el discurso de los medios. Porque la politicidad de los mensajeros, que en esos días adoptó una forma extraordinaria sin perder sus elementos de base, conectaba con plenitud con la idea que hegemonizó las interpretaciones sobre esas jornadas.

Bibliografía

L. ABU-LUGHOD (2005), “La interpretación de la(s) cultura(s) después de la televisión” (57-90), en *Etnografías contemporáneas*, Buenos Aires, Año 1, Nro. 1.

J. AUYERO (2001), *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires, Manantial.

——— (2002), “La vida en un piquete. Biografía y protesta en el sur argentino”, en *Apuntes de Investigación del CECYP*, Buenos Aires, Año VI, Nro. 8.

F. BALBI y A. ROSATO (2003), “Introducción. Representaciones sociales y procesos políticos”, en

- A. ROSATO y F. BALBI (eds.), *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*, Buenos Aires, Antropofagia-IDES.
- M. DE CERTEAU (1996), *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana.
- _____ (1999) [1974], *La cultura en plural*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- M. C. FERRAUDI CURTO (2007), “Cuando vamos de piqueteros: aproximación crítica al concepto de identidad”, en AA.VV. *La sociología ahora*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- C. GRIGNON y J. C. PASSERON (1991), *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- A. GRIMSON (2002), “Las sendas y las ciénagas de la ‘cultura’. La antropología y los estudios de comunicación”, en *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*, La Plata, Año 1, Nro. 1.
- L. GROSSBERG (2003), “Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?”, en S. HALL y P. DU GAY (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.
- A. ISLA (2006), “Violencias públicas y privadas en la producción de familia y género”, en D. MÍGUEZ y P. SEMÁN (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Biblos.
- G. MAUGER (2007), *La revuelta de los suburbios franceses: una sociología de la actualidad*, Buenos Aires, Antropofagia.
- D. MC ADAM, J. MC CARTHY y M. ZALD (eds.) (1999), *Movimientos sociales, perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo.
- D. MERKLEN (2005), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires, Gorla.
- G. O’DONNELL (1984), *¿Y a mí, qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil*, Buenos Aires, CEDES.
- S. ORTNER (2005), “Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna”, en *Etnografías contemporáneas*, Buenos Aires, Año 1, Nro. 1.
- M. G. RODRÍGUEZ (2008), “Escribir los bordes. Los mensajeros en moto y los procesos de circulación cultural”, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, inédita.
- P. SEMÁN (2006), *Bajo Continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Buenos Aires, Gorla.
- M. SWARTZ, V. TURNER y A. TUDEN (1966), “Introduction”, en M. SWARTZ, V. TURNER y A. TUDEN (eds.), *Political Anthropology*, Chicago, Aldine.

Recibido: 02/09/2010. Aceptado: 17/01/2010